

La
noche
nos
pertenece

Traducción de
Patricia Orts

A m a b i l e G i u s t i

amazon crossing

A m a b i l e G i u s t i

La
noche
nos
pertenece

Traducción de Patricia Orts

amazon crossing 

Título original: *Perché la notte appartiene a noi*

Publicado originalmente por Amazon Publishing, Luxemburgo, 2018

Edición en español publicada por:

Amazon Crossing, Amazon Media EU Sàrl

38, avenue John F. Kennedy, L-1855, Luxembourg

Agosto, 2019

Copyright © Edición original 2018 por Amabile Giusti

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2019 traducida por Patricia Orts García

Adaptación de cubierta por PEPE *nymi*, Milano

Imagen de cubierta © Willie B. Thomas / Getty Images

Primera edición digital 2019

ISBN Edición tapa blanda: 9782919805228

www.apub.com

SOBRE LA AUTORA

Amabile Giusti es calabresa. Trabajaba como abogada, pero ahora se dedica por completo a la escritura. Su vida consiste en escribir novelas y sueña con vivir en una casa de campo donde poder inventar sus historias rodeada de plantas y muchos animales.

Si queréis darle una alegría, regaladle un ensayo sobre Jane Austen, un juguete de cerámica azul, un manga japonés o una planta crasa llena de espinas. Amabile espera envejecer lentamente (por lo visto es la única manera de vivir muchos años), pero confía en conservar la juventud interior hasta el último día. Escucha mucho y habla poco, pero, cuando escribe, no hay quien la pare.

Desde 2009 ha publicado numerosas novelas: *Non c'è niente che fa male così*, *Cuore nero*, la serie *Odyssea* (*Oltre il varco incantato*, *Oltre le catene dell'orgoglio*, *Oltre i confini del tempo*, *Oltre il coraggio del sacrificio*), *L'orgoglio dei Richmond*, *Solo non si vedono i due licorni* y con Mondadori *Trent'anni e li dimostro* y *La donna perfetta*. Para Amazon Crossing ha escrito *Si me quieres, no me dejes ir*, *Hay algo en tus ojos* y *Un día maravilloso*.

ÍNDICE

[COMENZAR A LEER](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Que yo siempre amé
yo te traigo la prueba
que hasta que amé
yo nunca viví —bastante—.

EMILY DICKINSON¹

¹ *Poemas*, Emily Dickinson, versión de Silvina Ocampo, Austral, 2015 (*N. de la T.*).

CAPÍTULO 1

No era la primera vez que lo veía, pero sí la primera que podía observarlo sin fingir que miraba hacia otro lado. El estante atestado de las conservas caseras de la señora Barrington, un derroche barroco de lazos y pompones, le fue de gran ayuda. Mira agradeció la pasión que la anciana sentía por unos envases que más bien parecían vestidos típicos del siglo XVII, pues sus volantes le permitían curiosear sin que nadie se diera cuenta de lo que hacía: pincelar con los ojos al joven que estaba comprando provisiones. *Pincelar* era el verbo correcto, pensó, mientras lo contemplaba a hurtadillas de pies a cabeza.

Vio que sacaba varios billetes sueltos de un bolsillo. No, no llevaba cartera, ni siquiera los sujetaba con una miserable goma: dinero puro y duro, arrugado entre dos manos enormes. A continuación lo vio levantar una caja grande de madera, que, además de voluminosa, no debía de pesar poco, ya que estaba llena de latas y botellas, pero, bajo su brazo parecía un juguete infantil, como la maqueta de plástico de un camión. Quizá porque su brazo parecía un camión. Por último, el hombre se dirigió hacia la salida en silencio, igual que había entrado, con la mirada en apariencia distraída y sin la menor intención de responder al melindroso saludo de su amiga Charlize, que estaba sentada en un taburete detrás del mostrador.

Mira siguió contemplándolo sin inmutarse: melena castaña, barba tupida, una nariz que parecía haber recibido más de un puñetazo y dos labios prodigiosamente carno-

sos. No se podía decir que su boca suavizara su belleza: la palabra *delicadeza* no debía de haberse siquiera inventado en su mundo o quizá se hubiera extinguido cuando era niño... en caso de que aquel hombre hubiera tenido infancia. No conseguía imaginar algo que recordara menos la infancia que esa figura poderosa, más animalesca que humana. Puede que por eso le llamara tanto la atención: no porque fuera guapo, sino porque parecía desalmado.

La barba, el pelo y la ropa invernal no acababan de cubrir del todo la cicatriz que tenía en la mejilla izquierda y la colección de tatuajes que asomaban por todas partes como brotes de semillas secretas. Observándolo atentamente, Mira había entrevisto signos similares a puntas de llama en el cuello y en las muñecas y letras en los dedos, quizá fueran números o símbolos. Al lado de una sien tenía una calavera minúscula y en el dorso de la mano izquierda destacaba el ojo de Horus.

Como poco, daba miedo. Tenía aire amenazador, pero, quién sabe por qué razón malsana, esa sensación, en lugar de ahuyentarla e inducirla a considerarlo no mucho más digno de interés que un fuego o un veneno, la incitaba sin remedio a escudriñarlo y a imaginar historias extrañas sobre él.

En ciertas ocasiones, tenía incluso la impresión de que estaba triste, como si dentro de él, más allá de sus ojos, de su piel o de su apariencia semejante a un muro de piedra, hubiera algo roto.

Además de mirarlo con curiosidad y avidez, quizá necesitara que alguien le sonriera.

Mira nunca le había sonreído ni había intentado acercarse a él: aún no estaba tan loca. Por el momento, se había limitado a mirarlo y a pensar en él con más asiduidad de lo que se suele pensar en un desconocido.

¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Cómo se había hecho esa cicatriz? ¿Qué representaba la calavera? Pero, por encima de todo, ¿qué hacía en Noweetna?

No conseguía dar con una sola razón sensata por la que un hombre pudiera querer aislarse en un lugar tan inhóspito. Era una Alaska cruel y tiránica. No era la Alaska de las tarjetas postales, de los barcos pesqueros o de los cielos de color lago reflejados en lagos de color cielo. No era la soledad verde que, de cuando en cuando, anhelaban aquellas personas deseosas de huir de la civilización: la soledad de esos lugares era blanca como el hielo. Noweetna estaba lejos de cualquier asentamiento humano que recordase a una auténtica ciudad, lejos de cualquier vía de escape. Ningún turista se dejaba caer por allí y eran más numerosas las personas que se marchaban que las que se quedaban. No era una meta ideal ni siquiera para los aspirantes a eremitas: a pesar de contar tan solo con trescientos habitantes, Noweetna estaba demasiado poblada para ellos. Noweetna era demasiado grande o demasiado pequeña.

Siendo así, ¿por qué se había instalado allí hacía un mes?

Mira deslizó la mirada entre un tarro de mermelada de arándanos rojos y una lata de sardinas. El gigante malhumorado —así lo había bautizado en su corazón, porque medía más de un metro noventa de estatura y nunca sonreía— abrió la puerta de la tienda. Qué espalda tenía, qué hombros, qué...

Las reflexiones de Mira sobre las *cualidades* del joven murieron como el hielo al entrar en contacto con la sal. Y no porque su conciencia le hubiera recordado que no era propio de ella detenerse en ciertos detalles, sino porque, de repente, mientras abría la puerta de cristal y hacía sonar aquel atrapasueños de conchas tan fuera de lugar que estaba colgado junto a ella, el hombre se volvió y dos ojos extrañísimos, uno negro y otro verde, le lanzaron unas imaginarias flechas ardientes. La miró como si hubiera comprendido que lo había espiado y quisiera manifestarle su opinión al respecto. Una opinión pésima, dada la expresión mordaz y el odio que, por un instante, la ahogó como si hu-

biera caído en la trampa de un cazador furtivo. Pero la mirada enseguida recuperó su aire indiferente, dio la impresión de que se había vuelto por casualidad, sin una intención concreta, como si persiguiera el vago pensamiento de una compra que había olvidado hacer y que, a fin de cuentas, no era tan importante, y se marchó dejando a sus espaldas el delicado tintineo de las conchas y a Mira sin aliento.

¿Cómo la había visto?

Permaneció inmóvil detrás de la cortina, asustada y atraída a la vez por una especie de rastro de sangre en la nieve. Recordó la fuerza de sus ojos, su extraña disonancia y su manera de fruncir el ceño y apretar los labios formando una cremallera inextricable.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó Charlize sacándola de su ensimismamiento—. Estás roja como un tomate. ¿Tienes fiebre o también le has mirado el culo a Kade? Nos impresiona a todas. No puede decirse que sea guapo, pero tiene algo que remueve las partes bajas. Lástima que no haga buenas migas con nadie o, con casi nadie, por lo visto.

Mira habría querido cortar en seco aquella conversación, decirle que le importaba un comino, pero al notar la mirada pícara de su amiga, la curiosidad pudo con el sentido práctico.

—¿Qué quieres decir?

Charlize se acercó a ella con aire circunspecto. Era una veinteañera morena y atractiva, con la tez olivácea, los ojos almendrados y el pelo liso de una *squaw*. Viéndola y oyéndola parlotear con su vocecita quejumbrosa, nadie habría pensado que era un pequeño genio. Lo cierto era que estaba a punto de licenciarse en Derecho y quería ser abogado. Había acabado el bachillerato adelantando un curso y, después, había vivido tres años en Anchorage, donde había asistido a la universidad. Hacía unos meses había regresado al pueblo para escribir la tesis. Adoraba el delicioso chis-

morreo local, estaba hambrienta de palabras y se prodigaba en datos sobre las pocas cosas que sucedían en Noweetna. La llegada de aquel extraño forastero había agitado los ánimos y alentado los deseos de una comunidad cerrada y aburrida de tanta monotonía. Desde hacía cinco años, cuando el padre de Mira desapareció como un bandido en primavera, la gente no había vuelto a perderse tanto en conjeturas.

—La *mantis* le ha echado el ojo —comentó su amiga bajando la voz.

La *mantis* era la mujer del alcalde, una cuarentona que cuando era joven había participado en el concurso de Miss Alaska y que ahora, para olvidar el paso del tiempo, que redobla la crueldad con quienes han conocido la belleza, se dedicaba a otro tipo de concursos: por ejemplo, llevarse a la cama a toda la población masculina del pueblo, salvo a su marido.

—Así que ellos... —aventuró Mira, ridículamente irritada al pensar en la escultural exrubia de bote, ahora más de bote que nunca, que se movía como un gato satisfecho, embutida perennemente en vestidos de color rosa. Poco importaba que fuera un anorak, un abrigo de pieles o unos vaqueros, la señora Grandall siempre parecía una flor de rododendro.

—Lo han visto salir de su casa. Dudo que lo invitara para enseñarle su colección de sellos, lo más probable es que el sello fuera ella.

—Quizá fue para arreglarle algo: ¿no hace también pequeños trabajos de carpintería?

Charlize se rio en tono sarcástico.

—Creo que, más que arreglar algo, ¡lo rompió!

Mira se encogió de hombros, como si esos comentarios le dieran igual. Sin embargo, se preguntó por qué motivo el listón de su interés superaba con mucho la normal curiosidad. La respuesta habitual parpadeó en su mente,

haciéndole sentirse aún más tonta. Si antes solo era una chismosa, ahora era verdaderamente ridícula.

Desde hacía varias semanas en su mente solo hormigueaba una verdad vergonzosa: ese hombre, del que apenas sí sabía nada —que se llamaba Kade Taylor, que trabajaba en la serrería del pueblo, que de vez en cuando hacía reparaciones a domicilio, que solía comprar cangrejo en lata, chocolate a la menta, cigarrillos Winston Blue y cerveza Smoked Porter y que a veces parecía ser muy infeliz— era la encarnación de sus fantasías novelescas.

A pesar de que el significado de su nombre debería haberle procurado un destino «maravilloso», la vida de Mira era aburrida y repetitiva, de manera que, para compensar la falta de emociones reales, se las inventaba. Por suerte, no le faltaba fantasía y, valiéndose de la imaginación, que alimentaba con sus lecturas preferidas —las novelas románticas ambientadas en el siglo xvii que compraba en internet y que se hacía enviar a la tienda sin que se enterara su madre—, lograba ser protagonista absoluta de un sinfín de historias increíbles. Los protagonistas masculinos de dichas historias eran muy parecidos: nobles decadentes y libertinos, viriles y huraños, dotados de algún pequeño defecto físico que los hacía más interesantes sin afearlos, que, después de haber encontrado el amor —una dama o una gitana que siempre guardaban alguna similitud con ella—, escapaban con su amada a un destino sugerente en carroza, en barca, a lomos de caballo o camello e incluso subidos a un elefante.

El forastero Kade, con su cicatriz, la calavera diminuta tatuada en una sien, la melena larga y aquella barba, que parecía querer ocultar algo más que una simple herida, era perfecto para ese papel, como si uno de sus personajes se hubiera materializado ante sus ojos. Claro que vestía vaqueros ásperos al tacto y cazadoras, en lugar de redingotes y botas de montar, pero tenía madera de viejo canalla. In-

cluso sus ojos de diferente color encajaban a la perfección con ese papel.

A Mira la irritaba que su protagonista ideal, que debería haber preferido a la heroína fea pero rica en otros recursos, tonteara con la célebre mujer del alcalde. No se puede soñar todas las noches con un hombre sin perder la capacidad de distinguir la realidad de la fantasía y no ofenderse al comprobar que sus gustos son un tanto banales.

—Me importa un comino —aseguró mientras alineaba unos tarros—. ¡Tengo otras cosas en que pensar!

Charlize la miró con aire perplejo. Eran amigas desde la infancia y, a pesar de no estar al tanto de las tramas que Mira tejía ni de las películas mentales que ocupaban su cabeza como si esta fuera un cine multisala permanentemente abierto, conocía sus gustos literarios, su pasión por los brutos antihéroes destinados a ser presas de los más intensos sentimientos, de manera que no podía habersele pasado por alto hasta qué punto Kade recordaba a uno de los hombretones, por lo general medio desnudos, que aparecían inmortalizados en las portadas de esas novelas.

—A mí no me engañas —le dijo riéndose en tono provocador—. Es muy sexi y misterioso, ¡parece el duque pirata de *Una tentación para Daisy!* ¿No crees que podría aspirarte con un beso y hacerte arder con una de sus caricias? No soy tu madre, Mira, no finjas que los hombres te dan asco para que no me enfade. La verdad es que me pregunto cómo es posible que aún no te haya pillado todos esos libros. Si sospechara que no eres lesbiana, como desea con todas sus fuerzas, tu madre sería capaz de esposarte a un radiador.

A Mira se le escapó una sonrisa, aunque con una punta de acritud. Charlize exageraba, pero debía reconocer que, en efecto, su madre tenía un carácter endemoniado. Si descubriría el montón de libros que guardaba bajo la cama, se pondría echa una furia. Claro que para hacerlo debía interesarse por algo que no fuera su rabiosa infelicidad y la mis-

ma era un obstáculo insuperable. Mira estaba bastante segura de que su tesoro estaba a buen recaudo en la caja lacada de color blanco, pero mentir era extenuante: cada vez que cruzaba el umbral de su casa y, aún más dramático, la puerta del dormitorio de su madre, tenía que dejar fuera a la verdadera Mira. Algunos días, los peores, debía secundar su rencor, el desprecio que sentía por el padre de la joven, por los hombres en general, incluso por el mundo entero.

Como si ese resentimiento no bastara para convertir la vida de Mira en un pequeño infierno, su madre padecía también una fobia extraña, de la que la joven jamás había oído hablar antes de vivirla bien de cerca: el miedo al color blanco. Cuando el médico, tan desconcertado como ella, se la había descrito, Mira había pensado que se trataba de una broma. Sin embargo, por lo visto, la patología existía de verdad. Era extraña, pero posible. Incluso tenía un nombre científico: leucofobia. Y, de todas las personas que habitaban en el mundo, las había elegido justo a ellas para instalarse en sus vidas y destrozar lo poco que aún quedaba en pie.

No era, desde luego, una coincidencia que ese insólito terror se hubiera manifestado justo después de la desaparición del padre de Mira. De repente, como por efecto de una inquietante sincronía, Adele había empezado a tener fuertes ataques de pánico al contemplar la nieve. Al verse rodeada del blanco absoluto había sentido que se ahogaba, que se desmayaba, que moría, y solo se había tranquilizado en casa, tras haberse refugiado en su habitación y haber bajado las persianas. Había rechazado categóricamente la sugerencia de visitar un especialista en Anchorage, de forma que tomaba unos calmantes tan suaves que no lograban serenarla y vivía encerrada la mayor parte del tiempo.

Solo salía al jardín en pleno verano, cuando el verde dominaba la guerra de colores, pero en invierno, mientras el color que ella denominaba «el demonio cándido» se ex-

tendía por todas partes, se recluía y masticaba cólera y ansiedad.

En cualquier caso, antes de todo aquello, su madre tampoco había sido una mujer afable: siempre se había mostrado muy retraída en las manifestaciones afectivas e incluso demasiado propensa a dar consejos que nadie le pedía. No emanaba ternura, jamás le había leído un cuento ni le había preparado una sorpresa, una tarta o un café. Lo único que regalaba a manos llenas eran listas de reglas, cosas que debían hacerse, cosas en que había que pensar y cosas en que no había que pensar en absoluto por ser tonterías o pecados.

Mira podía trabajar en la tienda familiar, estudiar —pero solo un poco, que no soñara con ir a la universidad— y tenía prohibido salir con chicos, porque todos querían lo mismo. Su hija había desobedecido el *diktat* y había tenido una relación, que había terminado hecha trizas y le había causado unas cuantas lágrimas: ese precedente, unido a la fuga del padre poco tiempo después, había reforzado la creencia materna de que el amor era un engaño urdido por los hombres.

Ese suceso podría haber resquebrajado la férrea voluntad de la madre y haber suavizado su intransigencia, pero no había sido así. Daba la impresión de que el dolor había transformado su corteza en un metal. La fobia no la había vuelto más maleable ni propensa a unirse más a su hija para compensar la ausencia de su marido. Al contrario, la había endurecido más y la había aprisionado en un espacio aún más reducido, en cuyo interior parecía haberse multiplicado ocupando aún más espacio.

Antes de la desaparición de Willem, Adele Kendall era una mujer activa, enérgica, una de esas mujeres que parten leña, quitan la nieve con una pala, cazan y después despellejan a sus presas ellas solas. Después, su energía se había concentrado en despellejar viva el alma de su hija. Ejercía desde su habitación un poder afilado, hecho de frases car-